

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.
Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo,
aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.
Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa
nuestra propia paz y felicidad.
Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 3,13-19

«¹³Y sube a la montaña y llama a sí a los que quería, y fueron junto a él.

¹⁴E hizo Doce, para que *estuvieran con él* y para que les *enviara a proclamar* ¹⁵y *tener autoridad para expulsar a los demonios*.

¹⁶E hizo a los **Doce**, y puso a **Simón** el nombre de Pedro; ¹⁷y a **Santiago**, el hijo de Zebedeo, y a **Juan**, el hermano de Santiago -y les puso el nombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno-; ¹⁸y a **Andrés**, y a **Felipe**, y a **Bartolomé**, y a **Mateo**, y a **Tomás**, y a **Santiago** el hijo de Alfeo, y a **Tadeo**, y a **Simón** el Cananeo, ¹⁹y a **Judas** Iscariote, el que también lo entregó».

COMENTARIO

- La segunda sección principal de Marcos (3,13-6,6) comienza, como la primera, con un relato de vocación: Jesús sube a *una* montaña, llama a un grupo de discípulos y aparta a Doce para un seguimiento y una tarea especiales. El pasaje concluye con una lista de esos Doce.
El pasaje se divide de un modo natural en dos partes. (1) Jesús asciende a una montaña y llama a sus discípulos (3,13-15); (2) la lista de los Doce (3,16-19).
- 3,13-15: La pequeña narración que precede a la lista de los Doce consta de dos sentencias, cada una con tres cláusulas. a) La primera sentencia describe el ascenso de Jesús a la montaña, con la llamada de los discípulos. b) La segunda describe la institución de los Doce. La relación entre las dos sentencias no es clara. ¿La llamada de Jesús a los discípulos desde la cumbre de la montaña (3,13) se identifica con el nombramiento de los Doce (3,14) o más bien se trata de dos cosas distintas? En ese último caso, Marcos describiría primero la llamada de una masa de discípulos y después presentaría la selección de Doce de entre esa masa mayor, para un acompañamiento más íntimo y una misión especial. Teniendo en cuenta otros pasajes en los que aparece un grupo más amplio de discípulos acompañando a los Doce (4,10; 10,32), esta última alternativa parece la preferible.
Es probable que cuando describe el ascenso de Jesús a «la» montaña, Marcos esté evocando el ascenso de Moisés al Sinaí, tema descrito en diversos lugares del Pentateuco (Ex 19,24-34; Nm 27; Dt 9-10,32). Ex 19,3 constituye un ejemplo particularmente significativo, dado que dos versículos más adelante se introduce la profecía en que se dice que Israel será la posesión particular de Dios; esa profecía tiene semejanzas con la forma en que Jesús en Marcos escoge a doce para que tengan mayor intimidad con él y, por implicación, con Dios. Otro antecedente mosaico significativo aparece en Ex 24,1-4, donde se dice

que Moisés ascendió al Sinaí en compañía de un grupo de sacerdotes y ancianos, elevando doce pilares que simbolizan las doce tribus. Según eso, la vinculación que Marcos establece entre la subida a la montaña, la asociación con un grupo de líderes y el número de doce tiene también un paralelismo mosaico.

Sin embargo, antes de describir la institución de los Doce, Marcos presenta de una manera profundamente simbólica la elección de un cuerpo mayor de discípulos. Jesús sube a la montaña y llama ante sí a aquellos «a los que él quería», y ellos vinieron a él. Se pone de relieve el poder de la elección de Jesús, en quien viene a reflejarse el poder soberano de elección de Dios en el Antiguo Testamento: de un modo significativo, en Is 45,4 la elección divina viene acompañada por un cambio de nombre, lo mismo que en Marcos.

Esta llamada divina cumple su efecto deseado, porque la palabra de Dios no vuelve a Dios vacía (Is 55,11). Los elegidos siguen a Jesús a la montaña, «separándose» de sus ocupaciones anteriores para estar con él. El verbo «se separaron» (*ap-êlthon*) resulta significativo, pues se podría haber dicho simplemente «fueron» (*êlthon*). El uso de la forma compuesta es quizá un recordatorio de que *seguir a Jesús implica dejar atrás otras cosas* (cf. 1,20).

La próxima acción de Jesús consiste en nombrar a Doce de entre los discípulos recién llamados, para que ocupen un puesto de especial intimidad y responsabilidad; ese número de doce despierta no solo recuerdos de Moisés, sino que despierta también las más profundas esperanzas judías de la renovación escatológica de la nación israelita.

El matiz escatológico queda reforzado por el hecho de que Marcos repite la palabra «hizo» en el sentido de «nombró», lo cual puede ser un eco de Gn 1, vinculando de esa forma el gesto de Jesús que «hace» a Doce con la esperanza de una nueva creación que Dios «hará»; ese matiz escatológico aparece también evocado a través de la palabra en la que se dice que los Doce han sido instituidos para proclamar la buena nueva y para expulsar demonios, actividades que en la narración de Marcos están vinculadas con la llegada de la nueva era (1,14-15.24; 3,27; 7,24-30).

Pero los Doce aparecen no solo llamados para realizar actos de predicación y exorcismos, sino que tales actos brotan de una convivencia previa con Jesús, que les llama para «estar con él». Esta tensión entre estar con Jesús y ser enviado se resuelve del modo más simple interpretando 3,14 y 3,15 en un sentido sucesivo: «ahora» los discípulos están con Jesús, «más tarde» serán enviados a proclamar y exorcizar (cf. 6,7.12-13). Pero la extraña formulación de Marcos implica quizás también otro nivel de significado.

A lo largo del evangelio, Marcos dice que los discípulos están con Jesús o que Jesús está con ellos (1,29; 2,19; 3,7; 4,36; 5,37.40; 6,50; 8,10; 9,8; 11,11; 14,7.14.17.18.20.33.67). En otros casos, Marcos parece haber introducido referencias a los Doce o a los discípulos en general (cf. 2,15; 3,20; 6,1; 11,11), o haber destacado su presencia de un modo retórico con el uso de plurales (por ejemplo 11,15.19.27). Estos rasgos tienen el efecto de retratar a Jesús como alguien que se encuentra *constantemente rodeado por un círculo de discípulos*; él no aparece como un individuo solitario, sino como alguien que está *vinculado a una comunidad*, de manera que vivir la vida cristiana significa «vivir con él». Este retrato de la vida de los discípulos como una «comunidad con Jesús» se encuentra relacionado sin duda con la experiencia de la comunidad de Marcos. En esta perspectiva hallamos otra forma de reconciliar la tensión que existe dentro de 3,14: *ahora*, en el tiempo de después de pascua, pueden vincularse *ambas* cosas: el estar con Jesús y el ser enviado por él. Cualquier misión que no estuviera enraizada en el «ser/estar con Jesús» se encuentra condenada al fracaso.

- 3,16-19: La lista de los Doce. Después de la narración altamente simbólica sobre la llamada de los discípulos y la selección de los Doce, Marcos añade una lista de esos últimos. Dentro de la lista, los más importantes son los tres primeros nombres: Simón (= Pedro), Santiago y Juan; todos ellos reciben apodos. Santiago y Juan vienen después de Pedro y ocupan el lugar en el que debería hallarse normalmente Andrés, el hermano de Pedro, que viene después. A lo largo del evangelio, estos tres discípulos se convertirán en los compañeros más íntimos de Jesús (5,37; 9,2; 14,33; cf. 13,3). Un grupo con los mismos nombres (aunque la identidad de Santiago es diferente) es el que forman los «pilares» de la Iglesia de Jerusalén (cf. Gal 2,9).

Pero el relieve de un grupo selecto de tres dentro de un cuerpo más amplio de Doce puede tener también un significado escatológico, de manera que ellos aparezcan como signo de los tres patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob) dentro del nuevo Israel. En la línea de esta interpretación escatológica de la organización de 3 + 12 se hallaría el hecho de que el Consejo de los Doce de Qumrán estaba completado por un grupo especial de tres. Estrictamente hablando, el círculo de discípulos de Jesús de los que habla Marcos tiene una organización de 3 + 9 (pues los tres y los nueve forman parte de los 12), más que una organización de 3 + 12, pero el número 3 y el 12 son los más importantes en el evangelio.

El hecho de dar nuevo nombre a tres discípulos refuerza la impresión de que nuestro pasaje alude al renacimiento escatológico de Israel bajo nuevos patriarcas: los cambios de nombre de dos de los patriarcas (Abram se vuelve Abraham y Jacob se vuelve Israel) están vinculados con su significado fundacional en la historia de Israel (cf. Gn 17,5; 32,28).

Una comparación de Pedro con Abraham, el antepasado de Israel, resulta particularmente apropiada, dado que el nuevo nombre de Simón es Pedro, que significa «roca», y en Is 51,1-2 a Abraham se le llama la «roca» de la cual se ha extraído el pueblo de Dios. El apodo de Santiago y Juan (Hijos del Trueno) puede tener también un matiz escatológico.

Pero la imposición de un nombre nuevo puede evocar también aspectos negativos de ese círculo íntimo de los tres discípulos, aspectos que se reflejan más tarde en el evangelio. Jesús habría previsto esos trazos negativos, como hará después cuando profetice que los Doce le abandonarán (cf. 14,30). Por ejemplo, el carácter «roqueño» de Pedro podría estar relacionado con las rocas/piedras donde cae la semilla en la parábola del sembrador, en la que se alude a unos oyentes que reciben el mensaje del evangelio con alegría, pero que se derrumban cuando llega la tribulación, como sucederá con Pedro en 14,66-72 (etimológicamente, el término griego empleado en 4,16 es *petrôdê* y está relacionado con *Petros*). De modo similar, el epíteto «Hijos del Trueno» puede referirse a la violencia que mostrarán los hijos de Zebedeo (9,38; cf. Lc 9,54). En definitiva, no todo va bien en el Israel escatológico.

Pero cuando los oyentes de Marcos llegan al fin de la lista, se encuentran con una realidad más oscura, porque el último nombre es «Judas Iscariote, el que también le entregó». La descripción de Judas resulta especialmente chocante, porque está situada muy cerca de la acción de Jesús, que ha cambiado los nombres de Pedro, Santiago y Juan, pues él (Judas) cumple una función que en los textos del Antiguo Testamento se encuentra reservada a Dios o a los ángeles (la función de *entregar*). Esta yuxtaposición expresa una *paradoja central* de Marcos: aunque posea una autoridad casi divina, el Hijo del Hombre - que en Dn 7 aparece como título de majestad- será entregado en manos de hombres de mala voluntad, será puesto en manos de los pecadores (cf. 9,31; 14,41).

Judas, el instrumento de esta traición, se halla en la línea de lo que se llama un «personaje de doble nivel»: por una parte, él aparece como el traidor del Jesús terreno; pero, por otra parte, él prefigura a los que traicionan a los cristianos de la comunidad de Marcos, entregándoles en manos de la investigación judicial y de la muerte, unos traidores que son quizá «hermanos cristianos» (14,9.11-12). Esta función doble de Judas resulta especialmente probable porque «Iscariote», el epíteto de Judas, resulta semejante al nombre de los «sicarios», un grupo de revolucionarios en cuyas manos pueden haber tenido que sufrir los cristianos de Marcos.

Pero esta nota sombría al final de la lista de los Doce, nota que anticipa violento final del evangelio de Marcos y los ecos de ese final en el momento presente de la historia de su comunidad, no es la nota dominante de nuestro pasaje. El tema principal es más bien el gozo de haber sido llamados especialmente por la gracia de Dios, escogidos por Jesús para estar con él y alistados personalmente en la guerra escatológica, cuyas batallas se vencen proclamando el evangelio y destruyendo así las estructuras demoníacas del mal (3,14-15; cf. 1,39; 6,12-13). Pero quienes se arriesgan en esa lucha aprenden pronto que en el tumulto del combate es fácil *confundir la identidad de los luchadores*. Satán puede disfrazarse y aparecer como un príncipe de luz (2Cor 11,14), los demonios pueden hacer confesiones divinas (cf. Mc 1,25.34; 3,11; 6,7) y parecer que los mismos agentes de Dios utilizan el poder de Satán para luchar contra los demonios (cf. 3,22). Por eso es fundamental tener claro «quién es quién y qué es qué» en este tema. El próximo pasaje del evangelio intentará lograr esa claridad.